

Circular*¹

“Te traes el periódico”, recordó Ángel Rueda, justo cuando el torniquete de entrada le regresó el boleto. Tomó el pequeño cartoncillo y lo volvió a intentar, ya sin el sonsonete de la voz de su madre solicitando un diario que no leería completo. Al tercer intento, de plano se le acercó un policía y, ante el alboroto y las prisas propias de cualquier mañana, lo dejó pasar. El día comenzaba con un presagio, pero a esas alturas quién podía saberlo.

Para la tarde, de regreso a su casa, Ángel caminó con paso rápido las seis calles que separaban la oficina de la estación del Metro y se alegró de pensar que era jueves, y que al día siguiente sería quincena. Hacía un mes tenía concertada una cita con unos amigos para irse a comer birria a La Polar y luego, de seguro, buscaría con quien pasarse a bailar al Antillanos. Por lo pronto, suspiró al tiempo que torniquete cedía ante su paso, había solamente que librar lo que quedaba de esa tarde de jueves.

Bajó las escaleras con un mal disimulado apuro y se embarcó rumbo a Pantitlán. Ya en el vagón, no encontró lugar para sentarse, pero no le importó. A cambio de ir parado se fue leyendo gratis el diario de un pasajero que como él prefería los diarios deportivos. De pronto, antes de llegar al tercer párrafo de la

¹ Este relato forma parte del libro *Territorios*, publicado recientemente por el fondo editorial de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

nota, se acordó del encargo de su madre: “No se te vaya a olvidar mi periódico”, le dictó la cantilena materna, y se bajó a toda prisa, tan pronto el tren paró en la siguiente estación. Para su mala fortuna el primer puesto que encontró ya estaba cerrado. No se desesperó.

En el cruce dos pasillos, Ángel se quedó mirando el letrero de dos colores sobre el que estaba escrito: “Transbordo”. Se decidió por el lado derecho sin prestar mayor atención al decorado. Ese era el camino que le habían indicado para llegar a la recién estrenada estación de transbordo de la Línea 16. Allí, le aseguraron, encontraría abierto un puesto abierto. Y así fue. Al final del corredor encontró lo que buscaba. Respiró aliviado. Giró la cabeza, miró a su alrededor y no encontró otra alma. Era el único cliente, por lo visto. Sólo, sin nadie a su alrededor que no fuera el vendedor, tomó uno de los diarios para llevárselo a casa.

—Uy, no me alcanza, ¿no tiene otro más barato?

—*El Deportivo*, ¿lo quiere?

Ángel dudó por un instante y luego descartó la idea. No podía llegar con *El Deportivo* a casa de su madre. Lo mataría. Buscó en sus bolsillos, sólo para comprobar que no ajustaba la cantidad. Podría pedirle al vendedor un descuento, pero si no aceptaba él se podría furioso, lo sabía, y ello complicaría aún más las cosas. Ni lamentarse, pues. Había que encontrarle una solución al problema. Quedaba la posibilidad, pensó, de pedir lo que en la secundaria llamaba con sus amigos un préstamo a perpetuidad: “no me coopera para mi camión”, recordó, como el claro ejemplo de ese tipo de préstamos a los que en la adolescencia era

tan asiduo. Le faltaba muy poco para poder pagar el diario que la madre esperaba, así que la idea no era del todo descabellada. No, excepto porque al volver la vista hacia todos lados, volvió a comprobar que en aquel pasillo estaba absolutamente desierto de gente. Sólo él y el vendedor seguían uno enfrente del otro como los últimos dos sobrevivientes de un cataclismo universal.

Fue entonces cuando por fin se percató de lo particular de la decoración que lo rodeaba y fue, al instante, como si se le revelara un llamado remoto de claridad apacible. Entre los pasamanos pintados semejando texturas y surcos de troncos, las paredes con paisajes boscosos devorados por cientos de hojas secas formando una alfombra de tonos rojizos y amarillos, Ángel Rueda repitió en su mente el nombre de la estación en la que estaba: "Otoño".

Así, enfiló hacia el final del ancho pasillo central en busca de alguien a quien pedirle la moneda que le faltaba para el periódico. Lo encontró. Y no sólo eso, el hombre, al que sólo pudo mirarle una tupida barba blanca, espesa, y los ojos de un azul grisáceo como roca marina, se apiadó de él y sin decir palabra le dio la moneda. Su problema estaba resuelto. Regresó al puesto, pagó el diario y lo dobló sobre su brazo derecho. Ahora, enfilaría rumbo a casa, vería a su madre, cenarían, verían un poco de televisión juntos y luego a dormir para que el alba llegara sola y con ella el día de quincena y todo lo demás.

Pero no fue así. Ángel Rueda no dio media vuelta, ni deshizo el camino del transbordo hasta llegar a la Línea Uno y de ahí a Pantitlán para luego tomar la Línea A del Tren Suburbano que lo llevaría, como todos los días hasta Los Reyes.

No. En lugar de eso, que era lo razonable y previsible, Ángel Rueda optó por seguir una corazonada. Rutinario como era, él mismo se sorprendió de sentir cómo una gota interior lo llamaba a quedarse y caminar por la Estación Otoño. Lo hizo.

Anclado durante toda su vida en esta ciudad de inviernos benéficos y veranos templados, a decir verdad, Ángel nunca había visto un otoño como el que tenía enfrente, así fuera sólo en pintura. Poco a poco, del mismo modo que un hombre se va quedando frente a un río que pasa, fue dejando que sus sentidos se entregaran a aquellos paisajes rojizos de una violencia pacífica envolvente.

Para entonces, no eran ya sólo las pinturas ni los troncos simulados. Hasta él llegó el olor a bosque, la humedad inmensa de cientos de árboles, la percepción de una corriente de aire que anunciaba el nombre del frío por venir. Frente aquello, cautivado casi hasta las lágrimas, Ángel dejó de comprender, comenzó a sentir, dejó de hacer preguntas y se entregó a sus sensaciones, cada vez más intensas.

Sin necesidad de mirar su reloj, el cuerpo de su sombra sobre el follaje le indicó que estaba oscureciendo afuera. Se instalando en una banca a la que sólo le faltaban las palomas correteando a un lado, abrió el periódico y se otorgó la dicha de unos minutos para sí mismo. Ahí estaba. ocupando casi media plana. Una larga nota sobre la inauguración de las nuevas estaciones de la Línea 16. Las últimas cuatro. Con ellas en funcionamiento, presumían las autoridades, se concluía el trazo original y se daba por entregado el proyecto, leyó Ángel Rueda.

El trazo de la línea tenía una particularidad, no era la más larga del circuito urbano inaugurado al final de la década de los sesenta, pero sí la primera en su tipo, al menos en América Latina. La Línea 16, también llamada Multitransbordo, contaba con 12 estaciones y el mismo número de transbordos. “¿Cómo le hacen?”, se preguntó Ángel sin comprender muy bien esa aritmética del transporte. La Línea 16 era circular. La idea, tomada del Metro de Moscú, buscaba ampliar las posibilidades para que el usuario cambiara de una línea a otra en menos tiempo.

Al llegar a ese punto de la nota, de improviso y con la furia de un alarido, Ángel sintió que una ráfaga de viento, de esas que son típicas de los octubres en el Hemisferio norte, le arrebató las hojas del periódico de las manos y las esparcía por el suelo. Ángel fue tras ellas. Un viento gélido comenzó a jugar con su habilidad de cazador para alcanzar cada página danzante de su diario. Deportes, por acá; Sociales, por este otro lado; el Aviso de ocasión, a los pies de una mujer obesa con un impenetrable amarillo intenso; la Nota Roja tendida sobre los rieles del tren. Esa, la sección que tenía que llevarle a su madre, se tendía, con la serenidad de un suicida recurrente, a la espera del paso del tren.

Resignado, Ángel trató de acomodar lo que quedaba del diario y se encaminó al pasillo de transbordo con la idea de convencer al vendedor de periódicos de que le repusiera sólo la Sección policíaca. Una nueva ráfaga hizo que el trayecto contra el viento tomara la forma de proeza. Ángel caminó sintiendo que por cada paso que avanzaba, retrocedía dos. Debajo de sus zapatos, escuchó claramente el inconfundible sonido de la hojarasca deslizándose sobre el piso.

Hasta entonces, cuando al fin pudo levantar un poco la mirada, se percató cómo las hojas que se escurrían entre sus pasos se iban desprendiendo de las decenas de árboles pintados en las paredes de los pasillos de la estación.

Como queriendo asegurarse de lo que sucedía, Ángel se agachó, tomó un puñado de hojas, las trituró entre las manos mientras sostenía el periódico entre los dientes, y de un brinco lanzó al aire los restos de la hojarasca como mirado en una película que hacen los niños y los amantes en los otoños verdaderos. Siguió caminando así. De brinco en brinco, llegó al puesto de periódico y lo encontró cerrado. Golpeó con los nudillos la cortina metálica esperando en que el vendedor todavía estuviera ahí, sólo para escuchar a sus espaldas la voz de un desconocido que a las prisas y peleando contra el cada vez más frío viento le decía:

—En otoño cierra más temprano.

Esa era la señal, qué duda cabe, que debía volver a su camino, a lo habitual, a la seguridad de la rutina. Pero no, con una felicidad tan intensa como silenciosa, Ángel prefirió vertirse y llenarse, llenarse y vertirse en el pozo de lo incierto. Dio media vuelta y se encaminó al andén a esperar el próximo tren.

Frente a una gran pantalla iluminada donde se reproducía a colores el trazo entero de la Línea 16, sólo tuvo que determinar en qué dirección iría. Eligió recorrer las estaciones en el sentido de las manecillas del reloj. Esperó hasta que el tren apareció y no tuvo problemas para subir, el vagón iba casi vacío. A pesar de que sabía que el trayecto duraría sólo una estación, Ángel optó por sentarse.

Abrió lo que le quedaba de periódico y siguió leyendo la nota que había dejado incompleta frente al otoño más repentino y peculiar de su vida. Un silencio enlazado a su lectura caminó por su piel hasta erizarla. Imaginó la caricia de cierta mujer de la oficina a la que deseaba con intensidad, y recordó el ruido del follaje debajo de sus pasos. Su piel, su cuerpo todo reaccionó. Intuyó que ese calor cororal era una suerte de gélido fuego, sin imaginar que se trataba más bien de un frío inclemente y descarnado que al bajar en la siguiente estación reconocería plenamente.

Las puertas se abrieron. Parado frente a la salida, bastaron menos de dos segundos para que Ángel se topara con una marea fría que lo sumió en un temblor de todos los huesos. “Me voy a congelar”, pasó por su mente sin atreverse siquiera a abrir la boca por temor a que se le congelara la lengua. Intentó avanzar para guarecerse y de pronto se sintió en el suelo., como la partida del tren lo hubiese empujado hacia adelante. Se miró sentado en cuclillas trantando de reincorporarse. Al segundo intento ya estaba otra vez en el suelo. Lo intentó una tercera vez, sólo para cerciorarse de que era el piso, cubierto de hielo, lo que le jugaba aquella mala pasada. Tal era el aspecto de Ángel que así, en cuclillas, sin saber qué hacer, sintió el metal de la moneda que una mujer vestida de botas, guantes, bufanda y grueso abrigo le dejaba sobre la palma de su mano derecha.

La mujer caminó hasta el fondo del andén, dejando a Ángel con la moneda entre los dientes, frontándose las manos desesperado por entrar en calor. Al fin consiguió ponerse en pie. Revisó la moneda. Con eso le alcanzaba para buscar dónde tomar un café. Una máquina expendedora, un pequeño local. Sólo tenía

que conseguir caminar sin resbalarse y caer. Muy despacio se fue acercando al pasillo que salía del andén. Más o menos a la mitad del recorrido, tiritando, Ángel sintió la sombra del siguiente tren. Dudó. Podía seguir hacia el pasillo e intentar hacerse de un café o devolverse, subir al tren, y abandonar para siempre ese Polo Norte debajo de la tierra.

Pudo haber decidido. No lo hizo, y cuando se dio cuenta, escuchó el anuncio del cierre de puertas. Imposible ahora abordar el tren. A lo lejos, alcanzó a ver a su benefactora, la mujer del abrigo boras, subir al último vagón. Trató de recordar en que película había visto una escena similar en la que el protagonista masculino miraba alejarse el tren y decir que quedaba en él el aroma a durazno de la mujer que se alejaba. Para ese momento, sin recordar si era una película ciertamente o un sueño, Ángel comenzó a sentir las dificultades para respirar que ocasiona una nariz por completo congestionada.

Movido por la fuerza de quién sabe qué cosa interior, logró llegar a la entrada de pasillo. Cuando levantó la cara y se topó con aquel paisaje que lo hizo reparar en su descuido habitual, Ángel ya había comprendido que de alguna manera se hallaba atrapado en un universo de imposibilidades. Cual si fuera él mismo un pequeño fogón del que salía humo blanco, con las orejas amoratadas y las mejillas de cristal, Ángel contempló tantas variedades de blanco como nunca había visto antes en su vida. Cada blanco correspondía a una cosa distinta. La nieve recién caída, la que tenía más días, el aguanieve, el blanco de la cima de las montañas, el de las que se alcanzaban a ver en el horizonte. Y no es que Ángel estuviera imaginando todo eso, ni siquiera que aquel paisaje de tundra estuviese

pintado sobre pared alguna, no. Con las manos entumidas dejó jugar los copos de agua convertida en nieve. Estornudó cuando quiso saber si tenía algún sabor, algún aroma. Sintió que la masa fría de la nieve le quemaba los dedos ya para entonces completamente amoratados.

En efecto, había llegado a la estación “Invierno”. Así las cosas, debía salir pronto si no deseaba pescar una neumonía o casa por el estilo. A modo de despedida, poco antes de que el tren cerrara sus puertas, escuchó un “Hey, tú” y nada más volteó, un niño pelirrojo le lanzó una bola de nieve que fue a estrellarse justo en la maltrecha nariz de Angel Rueda.

De la siguiente estación, el nombre también lo decía todo: “Primavera”. Como por malabares de un dios alegre y juguetón, aunque también un poco travieso, Angel vio, escuchó, olió, tocó, probó, en cuanto descendió del tren, el bullicio atronador de los colores del renacimiento.

Inquieto por conocer la estación, caminó sin rumbo fijo. Investido de parsimonia, parecía demorar sin límite de tiempo. Detuvo el paso y se agachó porque quiso cortar una flor, jaló del tallo, pero la resistencia de ésta le hizo sentir que era mejor dejarla ahí. Al incorporarse, recargándose levemente en el muro pintado de rosa encendido, su cabeza chocó contra unas figuras enormes que representaban algunas frutas. Con el golpe, un melón de papel

maché cayó al suelo y se abrió justo por la mitad. Tomó una de las dos partes, volvió a partirlo con las manos y lo mordió. Un río de miel le cubrió la barbilla y le empalagó las manos. En eso, dos jóvenes que venían abrazados, besándose, se la acercaron. Uno tomó el pedazo que Angel partió y que estaba sin morder, y la otra se llevó la mitad que permanecía tirada. Sonrisas de por medio, siguieron su camino; eso sí, comiendo cada uno su pedazo de melón y escurriendo un almíbar que más parecía una prolongación de su risa de manantial.

Angel los vio alejarse rumbo al andén, y cuando estaba más dispuesto a instalarse un buen rato en aquel concierto de aromas y sabores, una abeja zumbó en su oído de aromas y sabores, una abeja zumbó en su oído y se le plantó en la oreja. Temeroso de que el más leve pestañeo, un estornudo, una rascadita, cualquier cosa hiciera venir al enjambre completo en defensa de su compañera, se mantuvo allí parado, casi sin respirar. Así lo encontró un empleado de la estación.

-Tengo una avispa parada en la oreja – le dijo- ya son dos, ¿podría ayudarme?

-Por supuesto. Permítame un minuto- respondió el hombre amablemente.

El empleado caminó perdiéndose tras una puerta que estaba disimulada por un enorme pirul. Al cabo de unos minutos, Angel lo vio venir hacia él acompañado de otro hombre. Caminaban con alguna dificultad, parecían no estar acostumbrados aún ni al traje que portaban ni a los utensilios. Ambos semejaban personajes de algunas películas futuristas. Venían cubiertos con unos trajes de una tela sintética color metálico con guantes, mochila y botas, Los trajes les protegían por completo el cuerpo y la cabeza. Sobre éstas, los hombres portaban una especie de sombrero del que colgaba, por la parte de enfrente, una malla protectora, guantes y hasta unos lentes que le parecieron idénticos a los que le habían conocido de niño a su tío Jonás que era soldador.

Armados de paciencia, los empleados procedieron a ayudar al viajero. El más alto de ellos fue quien efectuó el desalojó armado por unas pinzas que sacó de una bolsa sellada en realidad, la remoción del insecto duró muy poco, sin embargo, para Angel fueron segundos eternos.

Al momento de asomarse a lo que las puntas de las pinzas sostenían luchando por su vida, sobrevino la verdadera sorpresa. Lo que encontró no fue una abeja sino un gusano. Se le ocurrió regresarlo a su hábitat él mismo,

pidió permiso a los empleados y éstos con gentileza aceptaron. De pronto, sonó algo semejante a un disparo, o más bien a un aplauso. Pudo haber sido como el ruido de un remo que se estrella en el agua o la voz de una chispa que salta al vacío de la vida efímera, fue algo difícil de reconocer. Con febril excitación, Angel presenció cómo este sonido extraño era acompañado por una luz entre azul y violeta. Todo se volvió entonces un resplandor. Una aurora subterránea. En medio del resplandor, al centro de una esfera reluciente, el gusano se convirtió en una mariposa y salió volando liberándose por ella misma de la mirada escrutadora de los tres hombres.

-Estamos para servirle señor- dijo uno de los empleados y se retiraron sin mayor comentario, como si aquel suceso extraordinario, fuera para ellos, allí, en las profundidades de la Línea 16, de la estación Primavera, un hecho común, tan cotidiano como el trinar de las aves al amanecer.

Con las aletas de su nariz prominente todavía palpitando como si quisieran seguir a la mariposa, Angel abordó un nuevo tren y partió con la sensación de que ese día se le retribuía algo que se le negó durante mucho tiempo. Respiró todo el aire que le había faltado en los últimos veinte años y se acomodó para seguir leyendo su periódico en lo que llegaban a la próxima

estación. Un sopor como un aviso de deseo, le hizo sentir tan pesada la cabeza que comenzó a dormitar. Ser el único pasajero en el vagón, le indicó que podría dormirse con tranquilidad. Listo para hacerlo, la terquedad de una gota de sudor resbalando de su frente, pudo más que él y se incorporó para quitarse la chamarra.

Angel vivió los minutos que permaneció en la estación a la que llegaba, como se entra a un abrazo, como se ingresa a una nube de vapor en la que se comienza a caminar. El tren abrió sus puertas en “Verano”. Sudando toda su sed, llegó hasta la pequeña cafetería que encontró en un área destinada para pequeños restaurantes. La moneda que la mujer del abrigo le había dado en invierno le servía ahora para pagar el importe de un vaso grande de agua de chía. Quizá porque venía de Primavera, tal vez porque el bochorno disminuyó con el agua y lo agradable de aquella pequeña plazoleta, lo cierto es que comenzó a sentirse embriagada de una suerte de fecunda alegría por vivir.

Como fluyen los deseos, vinieron a la cabeza de Angel Rueda los apuntes de los colores infantiles, los bocetos de cantos, las fantasías de un viaje. Escuchó repicar en su interior dulces tiempos y supuso que eso era lo que los

hombres nombraban felicidad, convencido, ya para ese momento, de haber salido del mundo.

No obstante, las propias leyes naturales de ese mundo del que se sentía prófugo, decidieron regresarlo. El aguacero se desató de golpe, sin delicadezas ni anuncio alguno. La lluvia se ciñó al paisaje y Angel no tuvo más que correr para protegerse. Una ancha sonrisa en su cara, se tornó en la presencia de un recuerdo grato como una caricia: correr entre los charcos, brincarlos y dejarse mojar por el sabor de agosto sobre el cuerpo.

Pero aquello no era agosto ni él un niño. Por lo tanto, con la mano que no sostenía el periódico, limpió el gesto del recuerdo de su cara y pegó la carrera hacia el andén. Presto a tratar de mojarse lo menos, a Angel se le hizo fácil usar lo que le quedaba del diario para cubrirse la cabeza.

-Son cosas de la estación- le oyó decir a un militar que lo veía con su pedazo de papel escurriendo letras sobre la cabeza. Angel subió al tren con la cabeza repleta de recuerdos, chorreando de la cabeza a los pies. Escurría asombro, azar y recuerdos. Sentado en una butaca individual, un leve sopor lo abrazó en un cansancio que terminó por vencerlo. Entró en un sueño profundo en el que se combinaba su infancia con el musgo de la estación Otoño y las nubes

blancas de Invierno. Un sueño en el que su madre lo peinaba mientras él se comía una sandía con todo y cáscara en Primavera y correteaba unas palomas por los pasillos de la estación Verano.

De repente, una especie de tumulto de voces en su interior lo despertaron, debía bajar del tren, quién sabe qué hora era y cuántas estaciones había pasado desde que se subió en Verano. Medio trastabillando se incorporó del asiento y buscó la salida. Lo supo de golpe, casi le había dado la vuelta a la Línea 16: estaba otra vez en Otoño.

A toda prisa, pagó entre una fila de árboles que simulaban estar deshojados pero no se detuvo, tampoco frente al puesto de periódico que ya conocía. Dobló a la derecha, bajó corriendo las escaleras eléctricas, enfiló hacia otro pasillo. Un ansia sólo comparable con la curiosidad que lo llevó a conocer la Línea 16, empujaba ahora los pasos de Angel Rueda.

Sin embargo, ya para salir de la zona de la estación Otoño rumbo al transbordo con la Línea Uno, Angel Rueda alcanzó a sentir el leve cosquilleo de un viento frío que le sopló en la espalda como hace un eco lejano que está a punto de extinguirse. Por un momento, reunió tantas fuerzas como nunca antes, como un general dispuesto al asalto sobre la plaza. Quiso danzar en

círculos y volver a perderse en las profundidades de la línea 16, pero nunca pudo. Un temeroso silencio en su interior, lo llevó de la mano hasta la salida.

Por fin, llegó a su casa al filo de la media noche. Sigiloso, abrió la puerta e incluso se quitó los zapatos para no despertar a nadie. Por eso no fue sino hasta la mañana siguiente cuando se percató de que su madre no estaba. Queriendo no alarmarse demasiado, salió y preguntó a una vecina si sabía algo de ella. La mujer se llevó las manos a la cara y sin ocultar su sobresalto salió corriendo sin responder la pregunta.

En cuestión de minutos, Angel estaba rodeado de media docena de vecinos. Uno de ellos rompió el silencio: -Pero dónde has estado, Angelito, ¿dónde te metiste?

-¿Y mi mamá?- Volvió a preguntar Angel sin hacer caso a los cuestionamientos que los vecinos le hacían a él.

-No sabes el pendiente de tu madrecita.

-¿Dónde está? ¿Qué está pasando?

-Todos creímos que te había pasado algo. Nadie desaparece así como así.

Luego de un rato de este diálogo de sordos, se enteró. Su madre estaba en el hospital. Agradeció la información y regresó a la casa sólo para tomar algunas cosas e irse. Sobre la mesa del comedor descansaba el periódico que había traído la noche anterior. El diario tenía un aspecto agónico, sepia, desgastado. Aquellas hojas amarillentas le parecieron un rostro vejado por el tiempo, el abandonado guardián de un suspiro. Dobló el diario y lo guardó en un cajón del trinchador. Ahí mismo halló unos billetes, pensó en tomar un taxi, pero desistió al hacer la cuenta del tiempo del trayecto de la casa al hospital; se decidió por el Metro.

Se bajó en Pantitlán e hizo el trasbordo. Se volvió a bajar para cambiar de línea y al fin arribó a Centro Médico.

-Cama doce-, indicó la enfermera. Angel caminó tratando de dominarse por el pasillo con olor a formol. Llegó hasta el gabinete de su madre y la miró semidormida; así, un poco pálida, respirando con dificultad, le pareció, de pronto, una mujer un año más cansada. Se inclinó y al oído le dijo: -Viejita, ya estoy aquí, soy Angel.

-Mí'jo, ¿dónde anduviste?, te hemos buscado todo este tiempo. – Le dijo ella entreabriendo sus ojos pequeños.

- No hable, madre. Ahora lo importante es que usted se ponga bien-, ella asintió con un dudoso esplendor; luego se quedó dormida.

Angel se puso de pie para estirar las piernas un poco. Sostenido por el aire como abrigo, se topó con un espejo que con dificultad se mantenía en la pared. Frente a su propio rostro, creyó reconocer a un amigo al que hace tiempo no se le ha visto. Permaneció serio y lejano con el reflejo de esa cara, que era la suya, sin dejar de verlo ni por un instante. Sus facciones le parecieron huéspedes de un rostro enmascarado por el tiempo. No se alarmó. Ni si quiera el pensar, de un solo sorbo, que tal vez en ese mismo momento su madre moría a sus espaldas, lo inmutó.

Permaneció rígido, a la orilla de su expresión en el espejo. Así se quedó un largo rato. Envuelto en la sensación de alguien, él, quien luego de volver de un largo viaje se encuentra con que ha descubierto un filo entre el vacío. Que ha vuelto después del tiempo. Que ha regresado con el retrato de un año entre la penumbra y la luz.

Cuando los médicos los buscaron para darle la noticia, Angel Rueda ya no estaba.

